

La Inmaculada y su Patrocinio sobre Yecla

Como en el orden de la naturaleza con sus encantos y maravillas, que a fuerza de ser constantes pasamos desapercibidas, desde el átomo al sol, desde la flor a la estrella, Dios se revela por todas partes, al extremo de que, por boca de un testimonio poco sospechoso en la materia, Federico II de Prusia, se puede afirmar que el ateísmo es la divinidad de los tontos; en el orden moral el Cristianismo nos revela a Dios en su dogma, en su moral, en su culto, en los detalles como en el conjunto de la economía del plan divino, revelándonos siempre al Dios que nos ama, que nos llama hacia Él amorosamente, que nos da fuerza y sostén para elevarnos hasta las incommensurables alturas de su grandeza, para vivir en Él, para hacernos en cierto modo partícipes de su naturaleza divina.

Este pensamiento informa la solemnidad con que la Iglesia Católica conmemora gozosa la Concepción Inmaculada de María.

Esta criatura extraordinaria en quien, después de Dios, se reúnen los privilegios más excelsos, las más grandes prerrogativas del Cielo y de la tierra: cuya imagen se presenta ante nuestros altares radiante de luz y de flores, imán poderoso que atrae con ímpetu irresistible nuestras miradas más dulces, nuestros pensamientos más limpios, nuestros afanes más nobles, nuestros propósitos más sinceros; los homenajes todos de las multitudes creyentes, y hasta de aquellos que habiendo perdido todo el rico tesoro de su fe religiosa, consuelo en la vida del tiempo y esperanza en la venidera, conservan como iris de bonanza en medio del naufragio de la educación cristiana de su niñez devoción a la Madre Inmaculada, que en ellas es el mismo tiempo sombra y luz, llanto y esperanza.....; este tipo real e ideal a la vez: real porque pertenece a la naturaleza humana, ideal porque es el resumen de todas las perfecciones y de todas las virtudes; esta Virgen bendita cuyo nombre pronunciamos siempre con inexplicable confianza, con suave emoción que pone alegría en nuestro espíritu, aliento en nuestras debilidades; que festejamos en todas sus prerrogativas, como en la advocación



Señora: Una vez más el pueblo católico de Yecla se postra rendido ante tu altar para ofrecerte los sentimientos filiales de su amor y devoción hacia Tí: Por más que rija el infierno, Tú serás siempre el centro de nuestros amores, el consuelo de nuestras tribulaciones y la estrella que nos guíe en la tenebrosa noche de la vida.

Dirige tus ojos a este pueblo, cuyo timbre de gloria más grande, fué siempre llamarse hijo de la **Purísima**. La Redacción de este humilde periódico os pide alientos, en este primer año de su apostolado social, ofreciéndole sus desvelos, sus trabajos y aun sus tribulaciones. Todo por Tí y para Tí.

¡Madre nuestra!

mas hermosa de cuantas se disputan el honor de reverenciar y publicar sus excelencias, Yecla la ve ahora como síntesis de todos sus amores en el misterio de su PURÍSIMA CONCEPCIÓN.

¡La Inmaculada! ¡Festividad dulcísima, celebrada por Yecla mas con el corazón que con los sentidos! Nombre mágico que para el pueblo yeclano tiene misterioso magnetismo espiritual, que sin sentirlo no puede comprenderse, comprendido no puede expresarse! Vigia celes-

tial, la Inmaculada protege a Yecla cobijándola bajo el manto de amores de su poderoso Patrocinio.

¡El Patrocinio de la Inmaculada sobre Yecla! Para describirlo minuciosamente se precisaría detallar esa vida íntima de virtudes y pecados, de caídas y arrepenimientos, de victorias y derrotas, de alegrías y amarguras, de alientos y cobardías, que todos llevamos en lo íntimo de nuestra conciencia, a veces tanto más dolorosas y sangrientas cuanto más ocultas y descono-

cidas.

A cada momento nuestra miseria y debilidad nativa nos hacen sentir la necesidad de un patrocinio en favor nuestro, que no es otra cosa que una ayuda, un socorro, una fuerza que nos levante, un brazo que nos sostenga en la hora del peligro y de la adversidad. Pero para que este socorro que pedimos sea eficaz para nosotros es preciso que reuna dos condiciones: el poder y el querer.

En María se reúnen en sumo grado estas dos cualidades para que su Patrocinio nos sea provechoso. Jesucristo es la omnipotencia divina por naturaleza, pero María es la omnipotencia por comunicación y por gracia. Tan grande como su poder es su voluntad en favor nuestro. Es nuestra Madre, y esto lo dice todo.

La Historia de la Iglesia puede afirmarse que no es más que la historia del Patrocinio de María. La historia patria lo es más en particular, y lo es de un modo singularísimo la historia de Yecla.

Como las ondas sonoras de un océano inmenso, eco fiel de sus gloriosas tradiciones, han ido a parar a las tranquilas y seguras playas de sus altares, las lágrimas y regocijos, las exaltaciones y heroísmos, los trabajos y laureles del pueblo yeclano que a presencia de su Virgen del Castillo siente cual en ninguna otra parte la grandeza de su fé, el consuelo celestial ante el dolor humano.

En este día en que Yecla celebra gozosa su más celebrada y típica festividad, en exigencia de mi deber ministerial elevo mis fervientes votos a la celestial Señora para que no aparte de los hijos todos de esta Ciudad que de tan modo tan entusiasta celebra sus cultos a la Madre Inmaculada, su mirada dulce, serena, llena de misericordia; para que la luz que corona su Santuario sea como el simbolo de la luz de la fe en nuestras almas; para que retorne Yecla a su proverbial religiosidad, sin odios ni rencores, sin más ideal que el de su verdadera grandeza que no puede hallarse más que en la fe que eleva a las naciones, en la caridad que une las almas en sentimientos de justicia, de tolerancia, de verdadera fraternidad para bien de los individuos y las familias, los pueblos y la sociedad.